

PROVISIONALIDAD Y OPOSICION

NADA pervive tanto en nuestro país como lo provisional. Es, diría un nacionalista, una prueba más de que España se adelanta siempre en la Historia. El mundo camina hacia el descubrimiento de que todo es provisional y efímero. Nada más provisional que la vida misma. Este Gobierno apareció como un ente provisional, como un recurso. Los ministros les decían a sus amigos que iban a durar un verano, y creo recordar que el señor Reguera Guajardo lo declaró públicamente. Mucha gente no se molestó en aprenderse los nombres de los ministros (en este Gabinete son especialmente difíciles, sobre todo por la vieja costumbre del Régimen de utilizar los dos apellidos, quizá buscando una cierta forma de aristocracia) y esperaba el momento en que se estrelasen.

Esa provisionalidad en un país donde lo excepcional es lo permanente les ha salvado. Es el país donde los alféreces llamados provisionales siguen con su alferecía militante, donde los ex combatientes han suprimido el "ex" para seguir siendo combatientes a los treinta y ocho años de paz. Todo el mundo pretende aquí ser la mujer de Lot y quedarse convertido en estatua de sal, en la postura en que la sorprendió lo que Quevedo llamaba "la hora de todos". Hay una gran vocación por parecerse a esas figuras humanas de las ruinas de Pompeya, que se han quedado fijas para siempre desde hace decenas de siglos. Un país donde algo que se llama Movimiento es la esencia del inmovilismo resulta algo misterioso. Y donde la Revolución está pendiente desde que empezó la revolución.

Iba a ser el Gobierno "de un solo verano", como los amores de vacaciones en las playas. Cada vez apunta más a la perennidad. Cada vez se apuntala más. Había un conserje de Ministerio que llamaba con superioridad "los interinos" a los ministros y a los directores generales, porque no eran de plantilla y él sí. Habrá visto después que hay ministros que han medido su estancia por lustros. ¿Va a ser el caso del Gabinete Suárez?

Una de las mayores astucias de este Gobierno ha sido la de dejar creer en su provisionalidad. Así, en vez de enemigos activos ha tenido enemigos pasivos, que han aguardado su batalla política para después. Ya están despertando. Otro de sus méritos —con vistas a la longevidad— es el de aparecer como un Gobierno de oposición: de oposición a la izquierda, a la derecha y al centro. A veces, de oposición a todo el país. Es curioso que aquí todo sea oposición: lo es el Gobierno, lo son los "poderes fácticos", los continuistas, la izquierda de la derecha, la derecha de la izquierda y hasta la misma oposición, que cada vez que se reúne declara simplemente que se opone. Y hasta se opone entre sí misma. Esto le pasa a la derecha como a la izquierda. La calle es también una oposición.

Una situación extraña. Una situación donde todo el mundo está siendo negativo. Decía Goethe del diablo que es un "espíritu que dice no". El español está diabolizado y no acaba de encontrar sus exorcistas. El español es un ente que dice "no". Nada más lógico: Ha pasado cuarenta años obligado a decir sí, y ahora tiene que modificar su tic político. Se entiende que es una actitud provisional. Pero, ¿cuánto va a durar la provisionalidad? ■

POZUELO

En contra de la mayoría

Dentro de este último apartado, sin embargo, se incluye la facultad de suprimir, refundir o reestructurar los departamentos ministeriales y organismos y servicios de la Administración del Estado e institucional "cualquiera que sea el rango de la disposición por la que fueron creados o se encuentren regulados". Curiosa disposición para un plan de actuación económica. Los malévolo han visto en ella la intención de ocultar la reforma ministerial —en la que podrían ir la refundición de los tres Ministerios militares, la supresión de la Secretaría General del Movimiento o del Ministerio de Relaciones Sindicales—, pero claramente, y aun cuando los poderes que el Gobierno recibe a través de la mencionada disposición son enormes, los problemas políticos que sus intenciones les puedan provocar no son desdeñables, por lo que habrá que esperar para ver qué dan de sí.

Estas son las medidas. Contradictorias, incoherentes, oligárquicas y antidemocráticas. Se va directamente contra los trabajadores —mediante la congelación salarial y el despido libre—, favoreciendo a los empresarios, a los cuales, y sobre todo a los más dinámicos, también se perjudica mediante la elevación de los aranceles, la elevación del tipo de interés y los recargos para los consumos excesivos de combustibles y de energía eléctrica. En lugar de abrir sus planteamientos, el Gobierno se cierra en banda, apoyándose en los sectores tradicionales del franquismo: los procuradores que protestaban en las Cortes por la aprobación del artículo 35, las empresas eléctricas, etcétera. Así no se sale de la crisis, sino que se agravan las tensiones. Y en un país al borde de la bancarrota, con una inflación del 20 por 100, que ninguna congelación artificial de los precios, medida demagógica e infectiva por donde quiera que se la mire, va a pasar con un millón de parados, con todo eso, aumentar las tensiones es casi una muestra de irresponsabilidad. Aumentar las tensiones cuando en Madrid y San Sebastián los extremistas andan a tiros, y provocar un aumento del paro sólo puede comprenderse en un Gobierno que se bate en retirada, que trata de tapar los huecos que a él mismo y a sus más directos aliados les perjudican. Si en estas mismas páginas se rechazó la política económica de Villar Mir, ¿qué podemos decir ahora, cuando se sigue agravando hasta extremos intolerables sus defectos más característicos y al tiempo se añaden otros? Sencillamente que vamos de mal en peor, que cuando más necesaria es la democracia, más oligárquico, en el sentido económico y político, es el Gobierno. En el aire, como un adorno inservible, están los criterios de política económica que pretende seguir "una vez realizada la reforma". Siete grandes principios que valen para para muy poco y valdrán menos si se llegan a las últimas consecuencias de las medidas económicas. Luis Olarra, un empresario, comentaba que esto no es un plan de estabilización. En realidad sí lo es, en lo que se refiere a los perjuicios que trae a los trabajadores y que es el signo característico de todo plan de estabilización. Pero es un mal plan de estabilización: le faltan muchas cosas y le sobran otras, con el único resultado de que aumenta el desconcierto. ■ CARLOS ELORDI.

